



“Las actitudes docentes en los problemas universitarios”

Evidentemente en la actualidad son numerosos ya los problemas existentes en la educación superior; más aún con los nuevos procesos pedagógicos introducidos, éstos parecen haberse hecho mucho más evidentes en las nuevas transformaciones productivas y sociales que en relación a lo educativo, buscan impactar en el desempeño tanto de estudiantes como de docentes y su impacto profesional en las diversas áreas de la sociedad. De manera que el resultado así planteado serían profesionales competentes en el uso y práctica de competencias específicas y determinantes.

Sin duda alguna que siendo la presente época, de transición y plena evolución para el actual paradigma educativo; el educar es en sí “un desafío e implica tener bastante coraje para enfrentarlo” (Michelle De Beni: 2011). Los resultados a nivel académico y profesional así lo demuestran y hoy en día son más claros los contrastes en cuanto a la educación y formación que deberían tener los profesionales universitarios, de aquella que en realidad se imparte y se brinda a los estudiantes en sus aulas.

En esta problemática resulta fundamental el análisis del Docente como agente de producción y desarrollo académico - investigativo. Dicha descripción exige dos aspectos fundamentales: **aptitud y actitud**. Su demanda actual en la educación superior resulta ser sorpresiva pero real, aunque quizá no ha sido claramente identificada por la comunidad académica, la cual se sigue manejando todavía por viejas prácticas y mitos.

Así, en la actualidad las **aptitudes** de los profesionales de la educación superior exigen verdaderos **componentes o dimensiones**; presentes en: el ejercicio y experticia profesional, la aplicación y manejo de tecnologías, y la producción y experiencia **investigativa**. Por su parte, las **actitudes** docentes deben destacar por: la apertura, la flexibilidad, el compromiso, la ayuda sincera y desinteresada, y sobre todo la ética docente.

Sin embargo, la actual práctica tanto de aptitudes y sobre todo de actitudes docentes en la educación superior; muestran una ausencia marcada en cuanto a lo anteriormente descrito.

Una afirmación tal, sólo puede hacerse sobre la base de la experiencia acumulada en cuanto a las vivencias acumuladas como alumnado principalmente y también como Docentes; ya que al pensar en las dimensiones de las competencias del alumnado



necesariamente se llega a las del Docente como condición para desarrollar esa formación.

En este sentido, la adecuada investigación y generación de conocimiento sobre esta temática (como la que pretende este ensayo) será oportuna si con su realización puede contribuirse al análisis profundo de la realidad educativa y se brinde así, alternativas por las que se puedan reencaminar los esfuerzos en la mejora permanente de la educación superior y su labor docente.

El actual mundo laboral ha aportado ya evidencia suficiente que; determinadas orientaciones “instructivistas” asumidas en la educación suministrada a sus miembros activos no ha sido del todo acertada o adecuada para sus necesidades y requerimientos en constante cambio y/o evolución. Como es evidente desde hace mucho tiempo, la reducción del hecho educativo a una transmisión acrítica de saberes y valores, con énfasis en el individuo racional antes que emocional; han dejado a muchos de estos profesionales a merced del desempleo y el fracaso laboral; y consiguientemente al debilitamiento y decadencia de la sociedad productiva.

A diferencia de años atrás, el desarrollo de la ciencia y la tecnología en su ámbito laboral hacen cada vez más necesarias e imprescindibles modelos productivos basados en cooperación y flexibilidad profesional; y junto a conocimientos cada vez más actualizados; configuran así nuevas competencias que exigir a la educación de sus futuros miembros; y el papel docente tanto en aptitud como actitud son altamente determinantes en estos resultados deseados.

Resulta evidente por lo tanto, la necesidad urgente de una nueva gestión del proceso de enseñanza aprendizaje, centrada en el papel del docente universitario que responda con acierto a estas necesidades.

Junto a estas nuevas exigencias, se muestra también con claridad el hecho de la discapacidad laboral que asume con premura el profesional que no ha aprendido a capacitarse y recalificarse permanentemente producto de su formación enclaustrada en antiguos paradigmas y recibida de sus más fieles practicantes: los docentes sin actitud y compromiso educativo.

Contrariamente, el nuevo proceso educativo suscitado de las necesidades actuales, apunta a crear en el profesional la competencia del autoaprendizaje permanente;



asegurando de esta forma la respuesta conforme a las exigencias tecnológicas y científicas en cambio del ambiente laboral. La guía y motivación docente son base en este punto.

Así y desde una perspectiva más amplia, la educación superior que ha seguido perpetuando viejos patrones de conducta, a través de docentes desactualizados y encerrados en antiguos paradigmas, ha establecido tanto en los profesionales como los aún estudiantes una **desmotivación sistemática**; puesto que nunca han percibido que lo que aprendieron se vinculara a su profesión y menos a su autorrealización, así mismo del extenso volumen de información recibida el porcentaje de aplicabilidad práctica resulta muy bajo o intrascendente.

De la misma forma la división de las asignaturas resulta absoluta, desordenada y carente de transdisciplinariedad; con un docente pleno de egoísmo que aún no reconoce al estudiante y sus aprendizajes como centro de acción del proceso educativo.

Dificultades como las anteriores parecen amenazar el éxito del esfuerzo educativo a nivel superior, y es ahí donde deben plantearse urgentemente reales propuestas que reconozcan a la formación como un sistema complejo y la alimenten de competencias necesarias a ser implementadas a través de una nueva gestión (modelo) que asume su formación como una responsabilidad conjunta de la institución educativa, y sobre todo de los **docentes**, así como también la sociedad, el ámbito laboral, la familia y el estudiante.

Dichos planteamientos a ser desarrollado deberán proponer de manera prioritaria una nueva forma de conducir dichas responsabilidades de manera exitosa por parte de uno de sus principales actores: los docentes y sus actitudes tanto en la práctica como en lo subjetivo; que de igual forma y necesariamente incorpore las dimensiones ética y axiológica en el proceso formativo a través de la transmisión tanto de valores pertinentes a la asignatura como aquellos de obligatoria presencia en toda actividad social.

De esta forma, éstos mismos inconvenientes y necesidades señalados se encuentran fácilmente entre los alumnos de las distintas universidades de Cochabamba (mucho más evidente en los de la universidad pública) que evidencian en muchos de ellos no sólo insuficientes y diferenciados niveles de preparación tanto a nivel cognitivo como



procedimental; o más aún con niveles inferiores a los requerimientos mínimos, sino también en cuanto a habilidades sociales y comportamiento ético.

Si bien esto viene explicado en parte por la diversa procedencia de los estudiantes a partir del bachillerato en su educación secundaria; se presenta también como señal clara la influencia del actor docente en este nivel educativo.

De ahí, la urgente necesidad de conducir un proceso de enseñanza aprendizaje que establezca verdaderos aprendizajes significativos en los estudiantes y que se constituyan en pilares de toda su experiencia educativa.

Sumado a lo anterior, es necesario destacar las fortalezas que los docentes del presente y el futuro deberán exponer a diario en su labor educativa: un compromiso y motivación por ser parte del accionar educativo de la universidad que no sólo le brinda todas las condiciones materiales; sino también novedosas formas de conducir el proceso de enseñanza – aprendizaje que cambien comportamientos tradicionales en ellos y los alienten en sus genuinas aspiraciones de ser formadores de autorrealización y proyectos éticos de vida.

Por lo tanto, la labor docente debe despejarse totalmente de prácticas obsoletas y mitos que se traducen a diario en una mala actitud docente. En primer lugar las aulas llenas de alumnos no deben impulsar a pensar que sólo una minoría debe lograr sus objetivos en base a un esfuerzo superior al de los demás; sino que todos pueden o deberían realizarlo si la ayuda es equitativa y justa para todos.

En segundo lugar, un docente de calidad no se define por la calidad o cantidad de los ambientes y equipos de los que dispone o utiliza, sino por la calidad de la educación que puede desarrollar con éstos, aún cuando los posea mínimamente.

Como tercer punto, y basado en su práctica laboral saber que un profesional que no se actualiza permanentemente queda discapacitado laboralmente, y que tanto como docente como profesional debe realizar su labor basado en la información más actualizada posible y pertinente al contexto y lugar. No sólo se trata del programa cumplido, deber cumplido.



Por último, el docente con actitud, proactivo y responsable con su labor no solo debe transmitir saberes sino también educar valores. La responsabilidad social, la solidaridad, la tolerancia, la cooperación y la participación harán más loable el esfuerzo educativo.